

a por lo menos 6 delegados. Uno de ellos, Hugo Rezek, había sufrido el rapto de su esposa una semana antes del golpe, cuando una “patota” intentó detenerlo en su domicilio. El impacto que produjo esta oleada represiva sobre la combativa fracción del proletariado naval de Zona Norte no pudo ser mayor: según el testimonio de la madre de un delegado del astillero Mestrina secuestrado, a partir de ese momento “no existieron nuevos delegados sindicales en la empresa”⁷⁹. En el laboratorio Squibb, la intervención militar se tradujo en la ocupación del establecimiento con patrullas militares y tanquetas. El cuerpo de delegados fue detenido en pleno y llevado a Campo de Mayo, principal centro de concentración clandestino de Zona Norte. Algunos delegados, considerados no peligrosos, fueron más tarde liberados. No obstante, el saldo de “desaparecidos” y asesinados (cuando se resistieron a ser secuestrados en otros operativos), se eleva a más de una decena y media, entre delegados y activistas⁸⁰.

Estos casos puntuales son solamente una muestra de la modalidad represiva descargada sobre los contingentes obreros que habían protagonizado desde 1973 el más importante proceso de movilización proletaria en la Zona Norte del Conurbano bonaerense. Por testimonios indirectos iguales procedimientos se ejecutaron, tal vez en una magnitud menor, en decenas de otras fábricas. La reconstrucción posterior encarada por distintos investigadores coincide en que los efectos de la represión produjo un retraimiento objetivo del nivel de actividad reivindicativa de los trabajadores y un descenso significativo de las luchas, por lo menos en los primeros meses posteriores al golpe. El pase a la clandestinidad que algunas fuerzas de izquierda habían implantado en algunas plantas consiguió mantener la presencia en ellas, pero en condiciones opresivas que dificultaban cualquier intento de organización significativa. En este marco, hemos perdido el rastro de la acción de la Coordinadora Interfabril Norte (como así también de las otras zonas), aunque el recuerdo de su experiencia siguió presente en la memoria de muchos activistas sobrevivientes y en las nuevas camadas de obreros combativos, quienes pasados los primeros momentos de terror, retomaron con desigual éxito luchas reivindicativas y acciones de resistencia⁸¹.

Capítulo IV

¿Qué fueron las coordinadoras?

⁷⁹Nunca Más (1991), página 376. Lorenz (2007), capítulo II. Baschetti (2001), página 12.

⁸⁰Cristina (2002/3).

⁸¹Otro caso destacado de represión al activismo fabril en la zona (abril de 1976) fue el ejecutado contra 3 delegados del combativo personal de la metalúrgica Del Carlo. Bittrán y Schneider (1992) y Pozzi (1988).

Llegó la hora de responder algunas preguntas fundamentales: ¿qué fueron los organismos aquí examinados? ¿Cuál fue su real grado de influencia? ¿En qué lugar en la escala de la lucha de la clase obrera pueden colocarse? Parece conveniente, para elaborar la respuesta, recuperar primero la experiencia histórica del proletariado. Para ello, recurriremos al análisis dedicado a fenómenos similares elaborado por el intelectual revolucionario italiano Antonio Gramsci (1891-1957).

Gramsci, los sindicatos y los Consejos de Fábrica

Para poder contextualizar la argumentación que presenta Gramsci acerca de una de las primeras relaciones centrales, esto es la articulación de la acción de los sindicatos, los Consejos Obreros y el partido político, debemos analizar el punto de partida adoptado por el autor. Así, en un artículo de mayo de 1925, dedicado a fijar la necesidad de la preparación ideológica de las masas, Gramsci recuerda que la lucha del proletariado contra el capitalismo se desarrolla sobre tres frentes: el económico, el político y el ideológico. A su vez el primero presenta tres fases:

“...de resistencia contra el capitalismo, es decir la fase sindical elemental; de ofensiva contra el capitalismo, por control obrero sobre la producción y de lucha por la eliminación del capitalismo a través de la socialización. También la lucha política tiene tres fases principales: lucha por refrenar el poder de la burguesía en el estado parlamentario, es decir por mantener o crear una situación democrática de equilibrio entre las clases que permita al proletariado organizarse y desarrollarse; lucha por la conquista del poder y por la creación del Estado obrero, es decir una acción compleja a través de la cual el proletariado moviliza en torno a sí a todas las fuerzas sociales

anticapitalistas y las conduce a la victoria; última fase, la dictadura del proletariado organizado en clase dominante”¹.

Y concluye afirmando que la lucha económica, política e ideológica no pueden marchar separadas. Al considerar el carácter de la lucha económica en su primera fase, sostiene que ella es espontánea, nacida de la situación en que se encuentra la clase obrera en el régimen burgués pero no es por sí misma revolucionaria como afirmaban los sindicalistas reformistas. Para que la lucha sindical se convierta en un factor revolucionario, se necesita que los trabajadores la acompañen con la lucha política, asumiendo conscientemente su rol protagónico de una lucha general que abarca todas las cuestiones más vitales de la organización social, es decir la lucha por el socialismo.

“El elemento ‘espontaneidad’ no es suficiente para la lucha revolucionaria: nunca lleva a la clase obrera más allá de los límites de la democracia burguesa existente. Es necesario el elemento conciencia, el elemento ‘ideológico’ es decir la comprensión de las condiciones en que se lucha, de las relaciones sociales en que vive el obrero, de las tendencias fundamentales que obran en el sistema de estas relaciones, del proceso de desarrollo que sufre la sociedad por la existencia en su seno de antagonismos irreductibles, etc. *Los tres frentes de la lucha proletaria se reducen a uno solo para el partido de la clase obrera, que es tal precisamente porque resume y representa todas las exigencias de la lucha general.* Ciertamente no se puede pedir a cada obrero de la masa que tenga una completa conciencia de la función compleja que su clase está decidida a desempeñar en el proceso de desarrollo de la humanidad: pero eso debe ser pedido a los miembros del Partido (...) *el Partido puede y debe en su conjunto, representar esa conciencia superior; de otra manera no estará a la cabeza sino a la cola de las masas, no las guiará, sino que será arrastrado*”².

La limitación implícita de una confrontación estrictamente gremial es que la misma (dentro de la lucha de clases) sólo es funcional a los dos primeros momentos: el económico corporativo y de unidad del grupo profesional, y el correspondiente a la conciencia de la solidaridad de intereses del grupo social pero todavía en el terreno meramente económico³. Una segunda cuestión es la necesidad de la acción política-ideológica de las masas, organizada por el partido obrero. Gramsci batalla

¹Gramsci (1973 b), páginas 187 y 188.

²Ibid, página 189. Los destacados son nuestros.

³Gramsci (2004), página 414.

incansablemente contra aquellos que levantaban un apoliticismo cercano a posiciones anarquistas, que empantanaban cualquier lucha que supere la sectorial, sin plantear la modificación del sistema en su conjunto. Finalmente, y relacionada con la anterior, la acción del partido no puede quedar sujeta solamente al nivel de conciencia y actividad de la clase, sino que en las condiciones que impone el capitalismo, debe marcar el camino. Estas dos últimas cuestiones fueron a mediados de la década de 1970 en nuestro país no sólo objeto de debate teórico, sino de toma de posición en cuanto a la estrategia política a seguir que se dieron las distintas organizaciones políticas actuantes.

Gramsci describe el surgimiento histórico de los sindicatos industriales en el marco de las leyes que impone el capitalismo: “el movimiento proletario fue tan sólo una función de la libre competencia capitalista. Las instituciones proletarias tuvieron que asumir una forma, no por ley interna, sino por ley externa, bajo la formidable presión de los acontecimientos y de coerción que dependen de la competencia capitalista. Allí se han originado los íntimos conflictos, las desviaciones, las vacilaciones”⁴. Los sindicatos, las federaciones y la propia Confederación General del Trabajo son definidas como el tipo de organización:

“...específico del período de la historia dominada por el capital. En cierto sentido se puede sostener que este es parte integrante de la sociedad capitalista, y tiene una función que es inherente al régimen de propiedad privada. En este período, en el cual los individuos valen en cuanto son propietarios de mercancías y comercian con su propiedad, también los obreros han tenido que obedecer a las leyes férreas de la necesidad general y se han convertido en mercaderes de su única propiedad, la fuerza de trabajo y la inteligencia profesional. Más expuestos a los riesgos de la competencia, los obreros han acumulado su propiedad en ‘compañías’ cada vez más vastas y abarcativas, han creado este enorme aparato de concentración de carne de fatiga, han impuesto precios y horarios y han disciplinado el mercado”⁵.

Asimismo alertaba: “la realidad ha demostrado cuán absurda es la creencia de que, en la competencia, el monopolio de la fuerza de trabajo podría lograr el predominio y la pura resistencia corporativa habría hecho derrumbar el poder industrial y, por consiguiente, el poder político del capitalismo”⁶. Los sindicatos, imposibilitados de acabar con la relación

⁴Gramsci (1991), página 45.

⁵Ibid, página 75.

⁶Gramsci (1981), página 144.

de explotación propia del capitalismo, por la magnitud de la tarea, “dirigieron toda su fuerza al fin inmediato de mejorar las condiciones de vida del proletariado, reclamando más altos salarios, reducción de la jornada de trabajo, un cuerpo de legislación social”. Pero “el principio de la propiedad privada permanece intacto”. Por eso, “la acción sindical se revela así absolutamente incapaz para superar, en su dominio y con sus medios, a la sociedad capitalista; se revela incapaz de conducir al proletariado a su emancipación”⁷. Las críticas que el teórico italiano dirige a los sindicatos se basan en dos cuestiones: la integración de la organización gremial al orden capitalista y el proceso de burocratización de las mismas. El primer punto se relaciona con la evolución que presenta el sindicato a nivel institucional y su relación con la legalidad que impone el capitalismo. El sindicato abarca una cantidad cada vez mayor de trabajadores, encuadrados en un marco disciplinario y tiende a concentrar en su dirección el poder de decisión acerca del rumbo que debe tomar el movimiento obrero, ubicándose por encima de las masas, separándose de ellas y de sus presiones. Estas condiciones vuelven al sindicato capaz de contraer pactos en nombre del conjunto obrero y asumir obligaciones para con el capital, en un marco de legalidad:

“...que está condicionada por la confianza que tiene el empresario en la *solvencia* del sindicato, en la confianza que tiene el empresario en la capacidad del sindicato para obtener, de parte de las masas obreras el respeto a las obligaciones contraídas. El advenimiento de una legalidad industrial ha sido una gran conquista de la clase obrera, pero no es la última y definitiva conquista: la legalidad industrial ha mejorado las condiciones de vida material de la clase obrera, pero no es más que un compromiso, que ha sido necesario cumplir, que será necesario soportar mientras las relaciones de fuerza sean desfavorables a la clase obrera (...) El funcionario sindical concibe la legalidad industrial como una perpetuidad. Con demasiada frecuencia la defiende desde un punto de vista que es el mismo punto de vista del propietario. Ve tan sólo caos y arbitrariedad en todo lo que sucede entre la masa obrera; no universaliza el acto de rebelión del obrero contra la disciplina capitalista como rebelión, sino como materialidad del acto que puede ser, en sí mismo trivial (...) En estas condiciones la disciplina sindical no puede ser más que un servicio prestado al capital”⁸.

⁷Gramsci (1991), página 81.

⁸Ibid, páginas 130, 132 y 133.

Gramsci denuncia el rol jugado por la burocracia enquistada en los organismos reivindicativos obreros partiendo de admitir que en un determinado grado de desarrollo de una organización (aumento del número de integrantes, crecimiento de sus funciones), la misma puede adoptar un comportamiento conservador y termina formando parte de un sistema de dominación sobre los explotados. La mencionada integración a la legalidad capitalista se extiende también al mecanismo de selección de dirigentes y aun a su propio funcionamiento:

“La selección de los líderes sindicales no se realiza nunca bajo el criterio de aptitud industrial, sino bajo el de la idoneidad jurídica, burocrática o demagógica. Y cuanto más vayan engrandeciéndose las organizaciones, cuanto más frecuente sea su intervención en la lucha de clases, cuanta más extensa y profunda sea su actuación, tanto más necesario se hace el reducir la actividad dirigente a una actividad meramente administrativa y contable, tanto más valor va perdiendo la capacidad técnica industrial en beneficio de la capacidad burocrática y comercial. De esta manera se viene creando una verdadera casta de funcionarios y de periodistas sindicales, con un espíritu de cuerpo en absoluto contraste con la mentalidad obrera, espíritu que ha llevado a aquellos a adoptar, frente a la masa obrera, idéntica postura que la de la burocracia gubernativa frente al Estado parlamentario. La una y la otra constituyen la misma burocracia reinante y gobernante”⁹.

Esta situación adquiere vital importancia, en aquellos momentos de intensa confrontación social, repercutiendo en la percepción acerca del rol burocrático del sindicato que tiene la propia masa obrera:

“Los obreros comprenden que el complejo de ‘sus’ organizaciones se ha convertido en un aparato tan enorme que ha terminado por obedecer a leyes propias, inherentes a su estructura y a su complicado funcionamiento, pero extraño a la masa que ha adquirido conciencia de su misión histórica de clase revolucionaria. Comprenden que su voluntad de potencia no consigue hallar expresión, en un sentido neto y preciso, a través de las actuales jerarquías institucionales. Comprenden también que en su propia casa (...) la máquina aplasta al hombre, el funcionarismo esteriliza el espíritu creador”¹⁰.

⁹Gramsci (1973 a), páginas 45 y 46.

¹⁰Ibid, página 35.

Alertando sobre los riesgos de la integración de los organismos gremiales a la lógica del sistema de dominación, expresada en la “invitación a participar del gobierno”, señala que ésta puede tener un solo significado:

“...la absorción de los actuales dirigentes sindicales en el sector gubernativo para que cumplan en la sociedad un trabajo similar al cumplido por el capataz en la jerarquía de fábrica, para que aseguren al capitalismo el consentimiento pacífico de la clase obrera a una intensificación de la explotación. La invitación no sería entonces otra cosa que la fase actual de un fenómeno que siempre se ha verificado en la historia de la clase obrera: con el fin de disgregar la organización, *el capitalismo nunca ha dejado de apelar a todos los recursos para corromper y colocar a su servicio a los elementos obreros que a través de la actividad sindical se han distinguido por su capacidad e inteligencia. Impedir que del seno de la masa obrera surja una capa dirigente autónoma, decapitarla periódicamente, empujándolo al caos y a la indiferenciación: estos son aspectos de la lucha del capitalismo contra el proletariado*”¹¹.

Bajo el condicionamiento que implica el desarrollo del sindicato en el marco del sistema capitalista y la posibilidad concreta de su burocratización, comenta Gramsci:

“...los obreros convertidos en dirigentes sindicales perdieron por completo la vocación laboriosa y el espíritu de clase, y adquirieron todos los caracteres del funcionario pequeñoburgués, intelectualmente perezoso y moralmente corrompido o fácil de corromper”(p. 144 y 145).

En síntesis, nuestro autor señala como la formación de esta capa es funcional al proyecto de la democracia burguesa, al provocar entre los trabajadores:

“...la ilusión de la evolución legal y orgánica del capitalismo al socialismo. Pero, en realidad, a este desarrollo de grupos colaboracionistas en el terreno del movimiento revolucionario corresponde una intensificada actividad reaccionaria del capitalismo contra las grandes masas: las masas, privadas de su organización centralizada, retornan a formas de lucha que parecían superadas por la historia, que parecían propias de los primeros orígenes del movimiento revolucionario. Y este movimiento revolucionario

¹¹Gramsci (1998), página 143. El destacado es nuestro. Todas las citas siguientes corresponden al mismo texto.

vuelve a ser subterráneo (...) sin una centralización, sin una simultaneidad de acción que no sean la centralización y la simultaneidad determinadas naturalmente por la centralización y la simultaneidad propias de la acción ofensiva del régimen capitalista” (p. 145 y 146).

Este último concepto nos parece central para analizar la situación que debió atravesar la clase obrera y las corrientes político-gremiales de izquierda a mediados de la década de 1970 en la Argentina, ante la traición abierta de las conducciones gremiales burocratizadas. La emergencia e incipiente grado de organización “por abajo” que intentaron las Coordinadoras Interfabriles, sería un intento de poner en pie una herramienta organizativa que rompiera con el chaleco de fuerza impuesto por el sistema y permitiera avanzar en una perspectiva política revolucionaria.

Los Consejos de Fábrica: surgimiento, funciones e importancia

Gramsci dedicó buena parte de su reflexión a los Consejos de Fábrica organismos de base, que al mismo tiempo, se adecuaban a las condiciones imperantes en los establecimientos fabriles de más alta concentración obrera y se convertían en ámbitos de discusión y organización con criterios de ejercicio pleno de democracia obrera. Estos Consejos, que en algunos casos tenían una existencia previa, se potenciaron y mostraron su importancia para encabezar las movilizaciones obreras, despertando no sólo el ataque frontal de la burguesía sino también el rechazo de las conducciones sindicales burocráticas.

Gramsci parte de criticar al parlamentarismo como expresión de la democracia burguesa, en la cual la clase trabajadora es convocada a convalidar con su voto el funcionamiento de la legalidad impuesta por la burguesía. En esa legalidad, la incorporación de la organización sindical al régimen, implica una subordinación política concreta del proletariado a la burguesía, en tanto

“...puede gobernar efectivamente el estado sólo quien controla efectivamente la fábrica y la empresa y encuentra en este control las condiciones de su propia independencia y de su propia libertad espiritual. La participación efectiva de los sindicatos en el gobierno del estado debería significar la participación efectiva de la clase obrera en el gobierno de la fábrica, lo que

normalmente está en absoluta contradicción con las necesidades capitalistas de la disciplina industrial” (p. 143).

Por tal motivo, la fábrica adquiere una centralidad fundamental para explicar la descarnada relación que enfrenta al capital con el trabajo, la forma en que los trabajadores construyen su conciencia de clase y la necesidad de dotarse de un nuevo modelo organizativo que responda al mismo tiempo a las necesidades más concretas de la hora y se transforme en el embrión de una nueva sociedad. Siguiendo a Gramsci:

“...hemos sostenido (...) la ‘originariedad’ del Consejo de fábrica, la única institución proletaria, que por nacer precisamente allí donde no subsisten las relaciones políticas de ciudadano a ciudadano, allí donde no existen para la clase obrera ni libertad ni democracia, sino sólo y con su mayor crudeza, las relaciones de explotador a explotado, de opresor a oprimido, representa el esfuerzo perenne de liberación que la clase obrera realiza por sí misma, con sus propios medios y sistemas, para fines que no pueden ser sino los suyos específicos, sin intermediarios, sin delegaciones de poder a funcionarios ni a politicastos de carrera”¹².

La realidad del sindicato, surgida dentro del marco dominado por la concepción burguesa del libre mercado, ata al obrero a la figura de “mercancía” y lo aleja de su autopercepción de productor. Este es el punto nodal que remite al concepto de lucha de clase y no mera resistencia corporativa:

“El obrero sólo puede concebirse a sí mismo como productor si se considera como parte inseparable de todo el sistema de trabajo que se resume en el objeto fabricado (...), tras haberse inserto psicológicamente en el particular proceso productivo de una fábrica determinada (...) y haberse considerado como un momento necesario e imprescindible de la actividad de un complejo social [junto a los demás trabajadores] , creadores de las condiciones necesarias y suficientes de esa industria. Partiendo de esa célula, la fábrica, vista como unidad, como acción creadora de determinado producto, el obrero llega a la comprensión de cada vez más vastas unidades, hasta llegar al plano nacional (...) Entonces el obrero es un verdadero productor, porque ahora sí ha tomado conciencia de su función en el proceso productivo, y en todos los grados del mismo, desde la fábrica hasta la nación, hasta el mundo; entonces el obrero tiene conciencia de clase y se

¹²Gramsci (2004), página 94.

convierte en comunista, porque la propiedad privada no es función de la productividad, y se convierte en revolucionario porque concibe al capitalista como punto muerto, como un obstáculo que hay que eliminar. Entonces concibe el ‘Estado’, concibe una organización compleja de la sociedad, una forma concreta de la sociedad, porque ésta no es sino la forma del gigantesco aparato de producción que refleja, con todas las relaciones, correlaciones y funciones nuevas y superiores exigidas por su enorme amplitud, la vida de la fábrica; que representa el complejo, armónico y jerarquizado, de las condiciones necesarias para que su industria, su fábrica, su personalidad de productor viva y se desarrolle”¹³.

Asimismo Gramsci nos alerta acerca de la gestación del proceso revolucionario, el que “adviene subterráneamente, en la oscuridad de la fábrica y en la oscuridad de la conciencia de las enormes multitudes que el capitalismo somete a sus leyes: no es controlable ni documentable” y prosigue: “el proceso revolucionario se concreta en el campo de la producción, en la fábrica, (...) donde no existe democracia; el proceso revolucionario se concreta donde el obrero no es nada y quiere llegar a ser todo, donde el poder del propietario es ilimitado, es poder de vida y muerte sobre el obrero, sobre la esposa del obrero, sobre los hijos del obrero”¹⁴.

El consejo de fábrica propuesto y analizado por Gramsci se basa en el oficio. Cada uno de estos equipos de trabajo especializado es la célula básica del consejo, al elegir un representante de los obreros que lo forman. A diferencia del sindicato, que se basa en el individuo, el consejo aspira a basarse en la unidad orgánica y concreta del oficio que se integra en el disciplinamiento del mismo proceso industrial:

“El equipo (el oficio) percibe que es distinto del cuerpo homogéneo de la clase, pero al mismo tiempo se siente engranado en el sistema de disciplina y de orden que hace posible, con su exacto y preciso funcionamiento, el desarrollo de la producción. Como interés económico y político, el oficio es parte indistinta y perfectamente solidaria con el cuerpo de clase; se distingue de él como interés técnico y como desarrollo del particular instrumento que adopta en el trabajo” (p. 77).

¹³Gramsci (1973 a), páginas 52 y 53.

¹⁴Gramsci (1991), página 126. Todas las citas siguientes corresponden al mismo texto.

La organización por fábrica así concebida, tiende a amalgamar a los trabajadores en tanto productores interrelacionados y no como meros vendedores de la mercancía-trabajo. Esta organización, que refleja en su criterio asociativo al propio proceso productivo, “compone a la clase (toda la clase) en una unidad homogénea y cohesionada que se adhiere plásticamente al proceso industrial de producción y lo domina para adueñarse de él definitivamente”. Por dicho motivo, para nuestro autor, la organización por fábrica no sólo es el frente de lucha principal entre el trabajo y el capital, sino también el ámbito donde se encarna la futura “dictadura proletaria, el Estado comunista que destruye el dominio de clase en las superestructuras políticas y en sus engranajes generales” (p. 78).

En una coyuntura donde se agitaba la conflictividad social, Gramsci consideraba que las instituciones tradicionales del movimiento obrero eran incapaces de canalizar las energías de los trabajadores. Por esa razón, estimaba la necesidad de desarrollar estas instituciones de nuevo tipo “que sustituyen a la persona del capitalista en las funciones administrativas y en el poder industrial, y realicen la autonomía del productor en la fábrica, instituciones capaces de asumir el poder directivo de todas las funciones inherentes al complejo sistema de relaciones de producción y de cambio que ligan entre sí las secciones de una fábrica [liberando a ese sistema] de la tiranía gravosa y parasitaria de los propietarios privados” (p. 48 y 49).

Esta última idea provocaba (y aun hoy lo sigue haciendo) un temor generalizado dentro de la clase propietaria, en tanto lo que estaba en juego ya no era la existencia de una organización de base que discutiera cuestiones marginales en el campo de la producción, sino el corazón mismo del sistema capitalista, como es la propiedad privada de los medios de producción y la consecuente estructura social que dicha propiedad genera. Gramsci ejemplifica este temor al referir como en un cónclave industrial en Italia en 1919, un diputado representante de la burguesía concluyó su exposición proclamando la necesidad de aplastar implacablemente los consejos obreros turineses. Esa idea rectora se resume en las dos máximas que los empresarios lanzaron victoriosamente tras la derrota del movimiento obrero: “En las horas de trabajo se trabaja y no se discute. En las fábricas no puede haber más que una sola autoridad” (p. 112 y 113). El mismo reclamo de disciplina laboral reaparece en la boca de los empresarios argentinos en el Congreso de la Productividad

de 1955¹⁵ y alcanzó su mayor significación a mediados de 1975 en medio de la oleada de medidas de fuerza de los trabajadores fabriles en el Gran Buenos Aires, al señalar las prácticas de reclamo en las plantas como el inicio del proceso de “sovietización” de la Argentina. Detrás de todas esas denuncias se encuentra una de las cuestiones fundamentales, que hacen a la relación fabril: el control obrero¹⁶. Este proceso, que pone en entredicho la libertad empresaria para mantener la explotación de los trabajadores, tiene en las organizaciones fabriles de base, su núcleo central. Así, para Gramsci:

“...las comisiones internas son órganos de democracia obrera a los que hay que liberar de las limitaciones impuestas por los empresarios, y a las que se debe infundir nueva vida y energía. Hoy las comisiones internas limitan el poder del capitalista en la fábrica y desempeñan funciones de arbitraje y de disciplina. Desarrolladas y enriquecidas, deberán ser mañana los órganos del poder proletario que sustituye al capitalista en todas sus funciones útiles de dirección y de administración”¹⁷.

Los esfuerzos a realizar sobre esos organismos partían de recuperarlos de su estado vegetativo, para ponerlos al servicio de las luchas obreras:

“...en las empresas turinesas existían ya antes, pequeños comités obreros, reconocidos por los capitalistas, y algunos de ellos habían emprendido ya la lucha contra el funcionarismo, el espíritu reformista y las tendencias constitucionales de los sindicatos. Pero la mayor parte de estos comités no eran más que criaturas de los sindicatos; las listas de candidatos para estos comités (comisiones internas) eran propuestas por las organizaciones sindicales, las que elegían preferentemente obreros de tendencias oportunistas que no causarían molestias a los patrones, sofocarían en germen cualquier acción de masas. Los partidarios del “Ordine Nuovo” [publicación comunista orientada por Gramsci] propusieron en su propaganda, en primera línea, la transformación de las comisiones internas, y el principio de que la formación de las listas de candidatos debía tener lugar dentro de la masa obrera y

¹⁵Senén González (1974). Para detectar la continuidad de tal posición en los primeros tiempos de la “Revolución Libertadora”, véase también James (1999), capítulo 2, páginas 84 a 90.

¹⁶Véase la posición de León Trotsky acerca del rol de los consejos de fábrica como forma de “poder dual” dentro de cada planta. *Razón y Revolución*, número 10, primavera de 2002, páginas 131 a 136.

¹⁷Gramsci (1991), páginas 36 y 37.

no desde la cima de la burocracia sindical. Las tareas que ellos asignaron a los consejos de fábrica fueron el control sobre la producción, el armamento y la preparación militar de las masas, su preparación política y técnica. Ya no deberían cumplir la antigua función de perros de guardia que protegían los intereses de las clases dominantes, ni frenar a las masas en sus acciones contra el régimen capitalista¹⁸.

Gramsci parte de la premisa de que en la fábrica se verifica una división jerárquica de las clases: en la base la clase obrera; arriba la clase capitalista, mediadas ambas por la pequeñaburguesía de técnicos y especialistas que transmiten a la clase trabajadora las ordenes de producción y velan por el cumplimiento de las mismas. Para lograr que la clase obrera realice su propia autonomía, es necesario que ella rompa con esta escala jerárquica y esto sólo es posible en la medida que se dote de un nuevo tipo de organización representativa, que incorpore a toda la clase, aun a aquellos miembros que no adhieren a la organización sindical. La lucha de los trabajadores en pos de su autonomía pasaría así por tres fases: a) la lucha por la organización y funcionamiento de los consejos; b) lucha por la organización centralizada de los consejos de una determinada rama industrial y de todas las industrias entre sí y c) lucha por el control nacional de toda la actividad productiva. La idea de Gramsci acerca del control obrero excede en mucho la mera resistencia a las condiciones más cotidianas de explotación y se proyecta a la construcción de una nueva realidad desde las entrañas mismas del sistema imperante. Se trata no sólo destruir el viejo régimen sino también de valerse de las nuevas herramientas de la autonomía obrera para edificar el socialismo.

El funcionamiento de los consejos se distingue por adoptar estrictos métodos de control sobre los representantes de la masa, como es el mandato expreso y la revocabilidad inmediata, lo que impide el surgimiento y consolidación de posibles tendencias burocráticas. Esta organización de fábrica no debería quedar restringida al ámbito de la empresa sino por el contrario tendría que proyectarse sobre su área de influencia, dando origen así a un comité barrial donde estén integrados los distintos contingentes obreros, representados por sus propios consejos. La aparición de esta instancia de coordinación y organización zonal o regional del conjunto de la clase trabajadora, se transformaría en un verdadero sistema de democracia obrera, “daría una forma y una disciplina permanente a las masas, sería una magnífica escuela de

¹⁸Ibid., páginas 145 y 146.

experiencia política y administrativa”¹⁹, en suma, el embrión de una nueva sociedad.

Este último concepto guarda estrecha relación con el de doble poder y así parece admitirlo Gramsci cuando analiza hasta que punto los consejos pueden ser asimilados a los soviets, y en todo caso, cuál debe ser la relación que debería establecerse con los sindicatos y el partido obrero. Respecto al primer punto, señala: “Ciertamente, los consejos de productores que surgen en un régimen burgués no pueden compararse *todavía* con los Soviets, *pero representan, frente a los demás organismos de la lucha de clases, un principio análogo*. Extendidos a toda la masa de los productores, en contacto con el proceso productivo, *órganos de autoridad y de poder*” (p. 96). Ante esta nueva realidad, tanto los sindicatos como el partido deben redefinir sus estrategias:

“Los Consejos presentan al sindicato una masa que ya no pide solamente salarios y horarios buenos en un régimen burgués, sino que entrevé la posibilidad de pasar a otro régimen; a su vez el Partido halla una comunidad que ya tiene una forma propia, sin necesidad de aceptar el encuadramiento preparado por los burgueses, halla una masa que empieza a regirse sola. Y sobre todo el Consejo ofrece, lo que más importa, una formación que no está limitada, por su naturaleza, por un modo determinado de trabajo, por un cierto grado de desarrollo intelectual y técnico” (p. 96 y 97).

Gramsci no concibe a los consejos como una superestructura más; por el contrario llama a “conciliar las exigencias del momento actual con las exigencias del futuro, el problema del ‘pan y la manteca’ con el problema de la Revolución, convencidos de que en el uno está el otro, que en el más está el menos” (p. 61) y también suscita entre la masa “el interés por los problemas concretos (...), por las cuestiones referentes a la vida de la clase obrera y la cultura de la clase obrera; por las cuestiones referentes a la producción industrial, la organización del trabajo y de la producción, el origen de las materias primas, las exigencias de técnica industrial, por todo el complejo sistema de relaciones que constituye la estructura de la sociedad actual” (p. 109).

Estas funciones tanto futuras como presentes, implican en los hechos la formación de un doble poder, de un poder obrero disputando el espacio material y simbólico de la burguesía. Su incumbencia avanza sobre el control del personal técnico, el despido de altos empleados que

¹⁹Ibid., página 37. Los destacados son nuestros. Todas las citas siguientes corresponden al mismo texto.

se demuestren enemigos de la clase obrera, la lucha con la dirección de la empresa por la conquista de derechos y libertades; el control de la producción de la empresa y de las operaciones financieras.

Al hacer un balance de la huelga general en Turín en abril de 1920, dirigida por el movimiento de los Consejos de Fábrica, y a pesar de su derrota, Gramsci destaca:

“...aun cuando ni los industriales ni la burocracia sindical quisieron reconocer los consejos y los comités, estos lograron sin embargo notables éxitos: aplastaron a los agentes y espías de los capitalistas, anudaron vínculos con empleados y con los técnicos para tener informaciones de índole financiera e industrial; en los asuntos de la empresa concentraron en sus manos el poder disciplinario y demostraron a las masas desunidas y disgregadas lo que significa la gestión directa de los obreros en la industria. La actividad de los consejos y de las comisiones internas se manifestó más claramente durante las huelgas; estas huelgas perdieron su carácter impulsivo, fortuito, y pasaron a ser la expresión de la actividad conciente de las masas revolucionarias. (...) No obstante, el movimiento encontró la resistencia encarnizada de los funcionarios sindicales, de la dirección del Partido Socialista y del *Avanti* [es decir, la dirección reformista del partido obrero y su prensa] Detrás de sus frases altisonantes se ocultaba el deseo de evitar la participación directa de las masas en la lucha revolucionaria, el deseo de conservar la tutela de las organizaciones sindicales sobre las masas. Los integrantes de la dirección del Partido se negaron siempre a tomar la iniciativa de una acción revolucionaria antes que se ejecutase un plan de acción coordinada, pero nunca hacían nada para preparar y elaborar este plan” (p. 147 y 148).

En esta resumida descripción del movimiento, Gramsci parece estar contándonos los sucesos protagonizados por los organismos fabriles de base en la Argentina, a mediados de la década de 1970 en el Gran Buenos Aires. En ellos, las direcciones burocratizadas de los sindicatos y no pocas conducciones de partidos reformistas de izquierda hicieron lo imposible por abortar una tendencia a constituir en el seno de la clase obrera una nueva configuración organizativa que desafiara desde las bases al sistema en su conjunto. En los testimonios de activistas y de la prensa (tanto la política como la comercial) se subrayan los importantes avances alcanzados en un conjunto de fábricas en las que el activismo político-sindical de izquierda había logrado recuperar los organismos de base. Estos organismos llegaron a discutir inclusive, en sus momentos

de máxima expansión, un tema tan central y crítico como los propios ritmos de producción²⁰.

Gramsci considera que la formación de los consejos de fábricas y otros organismos fabriles de base en tanto aparato representativo de nuevo tipo, implica que “la clase obrera lleva a cabo la expropiación de la máquina principal, del más importante instrumento de producción: la clase obrera misma, que se ha encontrado, que ha adquirido conciencia de su unidad orgánica y que unitariamente se enfrenta al capitalismo”²¹. Al fijar la prioridad del trabajo político de los comunistas dentro de la clase obrera, señala la necesidad de volcarse de lleno a los organismos de base:

“En la fábrica, el grupo comunista desarrolla su actividad para la conquista de la comisión interna, si es que existe y, cuando todavía no existe, lucha para que nazca y se la reconozca. Además, el grupo prepara en este ambiente las asambleas sindicales y allí discute los métodos y la táctica de los reformistas, sindicalistas y anarquistas. Allí hace la propaganda a favor de los consejos y del control sobre la producción, partiendo no de los principios generales sino de las experiencias concretas de la fábrica misma, comunes a todas las maestranzas, y llegando de estas experiencias a la afirmación de los principios políticos y del programa del partido”²².

Y también en esa línea:

“Para nuestra táctica, las conclusiones son claras: 1) trabajar en la fábrica para construir grupos revolucionarios que controlen las comisiones internas y las impulsen a extender cada vez más su esfera de acción; 2) trabajar para crear contactos entre las fábricas, para imprimir a la actual situación un movimiento que señale la dirección natural de desarrollo de las organizaciones de fábrica: de la comisión interna al consejo de fábrica”²³.

La experiencia de los organismos fabriles de base no quedó, más allá de su importancia puntual, limitada al caso italiano. A comienzos

²⁰En nuestra zona de estudio, el laboratorio Squibb, la metalúrgica EMA y los astilleros de Tigre. Cristina (2002/3), Correa (2003), Benencio (2002) y Lorenz (2007), capítulo 5. Un proceso incipiente en esa misma dirección comenzaba a insinuarse también en la automotriz Ford. “Petiso” (2003).

²¹Gramsci (1991), página 128.

²²Gramsci (1998), página 147.

²³Ibid, página 174.

del siglo XX, Adolfo Gilly rescata en una ponencia de 1978²⁴ cómo, en diferentes contextos, la autoactividad de la clase obrera resurgió manifestando la necesidad de dotarse de herramientas de lucha en el lugar donde el capital la organiza como una fuerza colectiva, sometida a esa voluntad ajena y hostil. Se detiene a estudiar fenómenos relacionados, como la actuación de las comisiones internas en la Argentina a partir del advenimiento del peronismo; los sindicatos mineros en Bolivia, en especial desde el gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) a comienzos de la década de 1950 y los consejos de fábrica que reaparecieron en la Italia a fines de la de la segunda post-guerra mundial e hicieron eclosión en el bienio 1968-1969.

En lo relativo a los ejes convocantes, subraya la existencia de lo que denomina *nuevas reivindicaciones* ligadas a la intensidad, la salubridad y la peligrosidad del trabajo, que estuvieron presentes como reclamo central, en especial en las industrias y empresas más dinámicas en nuestro país²⁵. En las entrevistas que hemos realizado a distintos activistas político-sindicales con actuación en zona Norte del Gran Buenos Aires y en los testimonios recogidos por la prensa militante, aquellos puntos constituyeron no sólo un elemento que desencadenó la organización y recuperación de las comisiones internas sino también en un acelerador de la movilización de los trabajadores en planta²⁶.

Actuación e importancia de los organismos fabriles en la Argentina: un balance provisional (1946-1976)

Dentro de la bibliografía dedicada a estudiar el segundo ciclo de gobiernos peronistas, en especial el último y decisivo tramo que se extiende entre 1975 y marzo de 1976, existe coincidencia en destacar el importante papel que jugaron las estructuras gremiales tradicionales y las dirigencias oficiales de las mismas. Esta situación es especialmente observable al analizar el ciclo de la huelga general de mediados de 1975, en donde, con escasas excepciones, se asigna a aquellas organizaciones y dirigentes un rol central.

Por nuestra parte intentamos demostrar que el protagonismo en ese proceso se desplazó, en el Gran Buenos Aires, a un conjunto de nuevas instancias organizativas, algo por lo demás suficientemente probado en

²⁴Gilly (1978).

²⁵Ibid, páginas 72 y 73.

²⁶Cristina (2002/3), Benecio (2002) y "Petiso" (2003).

la provincia de Córdoba y en algunos otros puntos de concentración obrera del Interior. Desde nuestra perspectiva, en la región metropolitana de Buenos Aires esa dinámica se manifestó en forma original con la emergencia de un movimiento de articulación inter-ramas cuyo ejemplo más destacado fueron las Coordinadoras Interfabriles.

Nos detendremos ahora a considerar el papel de estos organismos fabriles, basándonos en los distintos autores que se dedican a su estudio. Como punto de referencia, tomaremos el completo trabajo de Daniel James (1999) que estudia el comportamiento del movimiento obrero desde 1955 hasta 1976²⁷. Ese autor sostiene la casi solitaria presencia del peronismo ortodoxo como corriente político-ideológica dentro de las estructuras gremiales, con apariciones esporádicas de sectores de izquierda, tanto provenientes del peronismo como marxistas. Estos últimos agrupamientos, batidos a comienzos de 1975, no habrían significado una amenaza seria al control que ejercía la dirigencia oficial, aun durante el "Rodrigazo". Siguiendo con esta línea argumentativa, las manifestaciones obreras de junio-julio tuvieron un carácter casi espontáneo y la propia emergencia de "comisiones coordinadoras" fue un intento tardío de organización, condenado a un rápido fracaso. Una visión parcialmente divergente acerca del papel jugado por las Coordinadoras, es la que proponen Pozzi y Schneider (2001), pero aun esta perspectiva no profundiza en la importancia que dentro de ellas tuvieron los organismos de base. Este último punto nos parece clave: casi todos los autores que estudiaron el proceso (en especial el propio James) destacan el lugar ocupado por las comisiones internas y cuerpos de delegados desde por lo menos 1945 hasta 1976 como elemento organizativo y dinamizador de la lucha desde las fábricas, pero no extraen de esa premisa todas las posibles consecuencias.

A nuestro entender, esos organismos de base se convirtieron en el espacio más adecuado en el que pudieron desarrollar su tarea agitativa y organizativas las corrientes políticas de izquierda, alcanzando su mayor grado de inserción dentro de la masa obrera y en donde sus cuestionamientos a las relaciones de producción y explotación se proyectaban a un escenario potencialmente más ambicioso: la reorganización socialista de la sociedad y el Estado. Proponemos en ese sentido, una relectura de los datos y relaciones surgidas para apreciar como ciertas corrientes político-gremiales elaboraron una estrategia encaminada a lograr la conducción desde la base. Puestos en perspectiva, todos los intentos de la patronal, el Estado y la propia burocracia

²⁷James (1999).

sindical para recortar la presencia, capacidad de acción e importancia de los organismos de base, persiguieron como objetivo final la eliminación de una instancia de organización obrera autónoma más peligrosa cuanto mayor fuera el grado de crisis y descomposición del capitalismo argentino.

Creemos que las Coordinadoras metropolitanas se pueden asimilar a los Consejos de fábrica. Según Gilly²⁸, estos son los rasgos básicos que reúne el Consejo de fábrica en su forma histórica más conocida:

“...sus integrantes son representantes directos de los trabajadores elegidos en el lugar de producción. La delegación del poder de decisión es mínima: el delegado es elegido en asamblea de la sección, departamento o reparto de la fábrica en el cual trabaja. Es conocido, pues, directamente por quienes lo eligen, el trabajo colectivo, visto desde el lado de los productores directos, no desde los explotadores de su fuerza de trabajo. Su designación representa así la voluntad colectiva del trabajo en el lugar de producción. Siendo un obrero como los demás, debe rendir cuenta no sólo ante la asamblea que lo designó y que puede revocarlo en cualquier momento, sino en la práctica cada hora del día ante los compañeros con quienes trabaja colectivamente. Su representación nace de una *forma específica* de la constitución de la opinión colectiva, aquella que se efectúa en el proceso colectivo del trabajo colectivo productivo. Puede representar así tanto la opinión concreta del grupo expresada en la asamblea, como el interés universal de los trabajadores que lo designan en cuanto miembros en la producción, es decir, en la misma sede donde designan a su delegado”.

Esta transcripción no sólo es coincidente con la realizada por Gramsci, sino también con la que hicieron los activistas entrevistados en nuestra investigación en lo relativo al funcionamiento cotidiano de los cuerpos de delegados y comisiones internas en las fábricas en las que trabajaban y militaban. Igualmente significativa es la similitud de funciones que cumplen los consejos, en tanto estructura reivindicativa directa en el establecimiento con respecto a sus similares argentinos. Todo este conjunto de rasgos comunes le alcanza a Gilly para sostener que los cuerpos de delegados y las comisiones internas (elegidas por aquellos como instancia ejecutiva del colectivo proletario de una fábrica) existentes en la Argentina en el período que nos ocupa, vienen a representar un ejemplo concreto y real de consejo obrero.

²⁸Gilly (1978), página 54. El destacado es del original.

En tanto, Louis Doyon es quien rescata que, si bien con diferencias de grado, importancia y reconocimiento por parte del Estado y las patronales, hubo experiencias previas de organismos fabriles. Así, “la implantación de las comisiones internas fue resultado directo de las presiones ejercidas por los obreros y por sus organizaciones y *no se vio beneficiada por un respaldo legal proveniente del régimen de asociaciones profesionales* [vigente en ese momento]. (...) Las debilidades de este respaldo legal permiten concluir que la creación de estos cuerpos fue resultado de la directa imposición de los obreros y de sus líderes sindicales”. Más adelante señala Doyon, “la resistencia de los patrones en reconocer oficialmente las comisiones internas en contraposición con la rápida aceptación de los nuevos sindicatos, puesta en evidencia por la inmediata negociación de contratos colectivos con dichas organizaciones, refuerzan el argumento que sostiene que las comisiones no alcanzaron ningún grado de institucionalización antes de 1945”.

La autora deja entrever que la existencia y actuación de los organismos fabriles generó tensiones durante todo el primer ciclo de gobiernos peronistas. Dentro del modelo sindical impulsado desde el Estado se trataba de construir un esquema de preciso control sobre la actividad autónoma de las bases obreras, lo que se tornaba incompatible con la existencia misma de los cuerpos de representación en fábrica. Doyon señala

“...el hecho que estos cuerpos nunca recibieron un reconocimiento legal completo mientras Perón estuvo en el poder y que la definición de sus funciones no fue incluida en la Ley de Convenios Colectivos de 1953 que sancionaba las prácticas desarrolladas a partir de 1945 en el ámbito de la negociación colectiva. Por último, las comisiones internas fueron duramente atacadas por la patronal en el Congreso de la Productividad de 1955, promovido por el gobierno para discutir las medidas necesarias para racionalizar la producción industrial del país”²⁹.

Daniel James, coincide con esta visión. Así, “el símbolo del nuevo equilibrio de fuerzas en las fábricas y la resistencia a los empleadores de modificarla fue la comisión interna. Para los empresarios el delegado gremial pasó a personificar los problemas básicos con los cuales ellos tenían que enfrentarse en la campaña de la productividad”.

²⁹Doyon (1984), páginas 210 a 212. Los destacados son nuestros. Este trabajo es un adelanto de su Tesis doctoral, publicada en Argentina en 2006.

Siguiendo con este análisis señala James: “en el Congreso de la Productividad se queja Gelbard de la posición ‘asumida por las comisiones internas de muchas fábricas, donde alteran el concepto que dice que la misión del trabajador es realizar un trabajo justo por un jornal justo (...) tampoco es aceptable que por motivo alguno el delegado toque su silbato en una fábrica y la paralice’. Con una tónica semejante, la Cámara de Industrias Metalúrgicas en su informe al Congreso se queja de ‘la libertad extrema de la que gozan las comisiones internas en las fábricas’”³⁰.

En ese Congreso quedó al desnudo “la ambigüedad crucial de la ideología peronista y del peronismo como movimiento social: contradicción básica incapaz de resolverse dentro de una coalición gubernamental policlasista” (p. 333). La mencionada ambigüedad se reflejaba en la imposibilidad del Estado peronista de asumir a fondo los reclamos de mayor productividad que exigían los empresarios a costa de aumentar los ritmos de explotación obrera, enfrentando la resistencia surgida desde los organismos fabriles, ya que tal aceptación “no sólo hubiese implicado el reconocimiento de la naturaleza partidaria del Estado sino que además, *dentro de las fábricas, se hubiese desenmascarado la índole fundamentalmente coercitiva de las relaciones sociales, cosa que el peronismo, en cuanto ideología, negaba con todo vigor*” (p. 336). Subsecuentemente nuestro autor (citando un trabajo de Torre), culmina destacando que esa ambigüedad con respecto a la campaña de productividad es la que llevó al golpe de septiembre de 1955 contra el peronismo.

La etapa histórica que se abre a partir de 1955 es clave en materia de actividad por parte de los organismos fabriles. Según James:

“...después del primer momento de desmoralización que sucedió al golpe de noviembre [de 1955, que desplazó a Lonardi], encontramos a mediados de 1956 la aparición de una red semiclandestina de comisiones internas lideradas ahora por una nueva generación de militantes que había tenido poca o ninguna experiencia gremial antes de 1955. Las actividades que organizaban estas comisiones eran de defensa de los gremios en las fábricas y la resistencia a los ataques sobre las condiciones laborales (...) Se podría decir que la base material de lo que se conoce como la Resistencia Peronista de esos años se centró precisamente en esos problemas (...) Además, en vista de la intervención oficial a la estructura formal de los sindicatos, el rol de organizar y expresar su resistencia cayó, por fuerza, sobre las comisiones internas.

³⁰James (1981), páginas 333 a 334. Todas las citas siguientes corresponden al mismo texto. Los destacados son nuestros.

Es así, pues, que emergen como el organismo primordial de la resistencia de la clase obrera, tanto a los ataques concretos sobre las condiciones de trabajo en las fábricas, como a la ofensiva más general antiperonista instrumentada por el gobierno” (p. 339).

Este rol se tratará de revertir luego de la derrota del movimiento huelguístico de 1959-1960, a partir del cual combinando represión con modificaciones normativas, se incluyan en los convenios laborales por sector estrictas cláusulas fijando los límites y competencias de los organismos fabriles dentro de los establecimientos. Según el subsecretario de Trabajo del presidente Frondizi (citado por James) “cuando me hice cargo de los problemas de las relaciones laborales me encontré con anarquía, abusos y todo tipo de atropellos por parte de los obreros. Los empresarios habían perdido el control de sus fábricas, las comisiones internas manejaban todo. Aquellos que debían obedecer, en realidad estaban dando las órdenes (...) los empresarios deben por lo menos retomar el control de las fábricas” (p. 344).

El avance normativo operaba en un momento donde las comisiones internas estaban prácticamente desmanteladas desde la implantación del Plan CONINTES y de la represión patronal, sumado al creciente nivel de desempleo y la relativa desmoralización de la clase trabajadora, luego de la derrota del ciclo de huelgas ya señalado. El éxito de la política de contención y reducción del papel jugado por los organismos fabriles puede atribuirse a una ofensiva multiforme encarada desde el Estado y el sector empresario, tendiente a aplastar esta expresión organizativa desde las bases. Según James, la campaña de productividad que tal ofensiva apenas ocultaba estaba dirigida:

“...más al poder gremial en las fábricas y no a los sindicatos en sí. Además, la misma cúpula sindical tenía interés en controlar ese poder. La imposición del control empresarial y el debilitamiento del poder de los delegados implicaba que la cúpula sindical podía controlar a sus miembros con mayor facilidad. Por el hecho de incluir el control de las comisiones internas en los convenios, la patronal logró aunar su interés en este asunto con el de la cúpula sindical. La responsabilidad de mantener el orden dentro de las comisiones se colocó directamente sobre los hombros de la cúpula sindical que por lo tanto debió velar para que se diera cumplimiento a lo que asumieran los sindicatos en el convenio” (p. 349).

Al hacer partícipe (y corresponsable) de la firma del convenio de actividad a los delegados fabriles, en momentos de debilidad relativa

de los organismos de base, el capital lograba maniatar y condicionar a este último. Los delegados podían acceder a un conjunto de beneficios personales y para el conjunto obrero otorgados en el convenio siempre y cuando se avinieran a adoptar una política de prudencia, renunciando a medidas reivindicativas y de lucha. James estima que, a partir de 1960, los organismos fabriles pierden la centralidad que habían alcanzado hasta ese momento, quedando limitados a una acción menor, subordinada claramente a las conducciones seccionales o nacionales de los sindicatos, perdiendo autonomía, radicalidad y además iniciando un proceso de anquilosamiento, que podía eventualmente terminar en burocratización.

Gilly coincide en que tal proceso se puede presentar como resultado de un reflujo de la actividad de las masas obreras o luego de una derrota parcial de un movimiento reivindicativo. No obstante, destaca que la clase obrera como cualquier otra clase, no inventa todo de nuevo cada vez sino que retoma sus experiencias organizativas desde el punto donde se interrumpieron anteriormente. Así, considera que el retraimiento temporal de la actividad de los organismos fabriles no importa su desaparición o pérdida del aprendizaje que realizaron en la lucha y que al mismo tiempo fueron “escuelas” informales en donde la clase trabajadora concreta su formación en materia organizativa: cómo impulsar y garantizar una asamblea, a hacer volantes, organizarse y comunicarse clandestinamente y a parar el trabajo disciplinadamente por millones, ocupando fábricas como en 1964. Hacia 1975, la reactivación y auge de masas producido en la Argentina lanzó nuevamente a la cabeza de la misma a un conjunto de nuevas conducciones que desde las bases “desbordaron a la alta dirección sindical, entrando en contradicción directa con el gobierno peronista y el Estado. No tenían ni los medios ni la preparación, sin embargo, para ofrecer una alternativa política a esa crisis. Este desbordamiento por los organismos de fábrica fue posiblemente el índice más determinante en la decisión del ejército de tomar en sus manos el Estado para reprimir y tratar de destruir el movimiento sindical”³¹.

El balance que hace Gilly respecto a la particular forma en que se expresó en nuestro país la experiencia de los consejos de fábrica (esto es, la red de cuerpos de delegados y comisiones internas), admitiendo que su integración original mutó hacia mediados de la década de 1970, presenta así un doble carácter: por un lado reconoce la importancia de los mismos, en especial en coyunturas críticas y de intensa movilización como durante 1975-1976, pero también subraya su incapacidad de

trascender a una escala superior, debido a la persistencia de la ideología peronista (de naturaleza burguesa) que seguía predominando dentro de la clase obrera y que actuaba como un freno objetivo de cara a la adopción de una estrategia revolucionaria.

Por nuestra parte, aceptando parcialmente esa evaluación, pudimos probar (por lo menos en nuestra zona de estudio) que la ruptura que se operaba dentro de la clase obrera respecto al proyecto reformista burgués peronista estaba mucho más avanzado que lo que tradicionalmente se sostiene. Ejemplo de esa situación es el tipo de conducción que tenían los organismos fabriles zonales y la propia formación de una instancia de coordinación y centralización de las luchas y movilizaciones como fue la Coordinadora Interfabril. De acuerdo a este último aspecto, nos parece todavía más entendible el carácter “preventivo” del golpe de Estado de 1976 toda vez que, aun incipiente, el proceso de radicalización de la clase trabajadora y el nivel organizativo aportado por las fuerzas políticas de izquierda habían ganado un importante espacio cualitativo.

La experiencia de la Coordinadora vista por sus protagonistas y sus organizaciones

Uno de los principales obstáculos para reconstruir el proceso de las Coordinadoras Interfabriles es la relativa escasez de documentos escritos y el acceso a testimonios de participantes en sus reuniones y Plenarios. Por esta última razón, transcribiremos las opiniones de los activistas político-sindicales que hemos podido consultar, sabiendo que las mismas son apenas un recorte de un cuadro mucho más amplio y complejo. Señalamos también el efecto que provoca sobre esos recuerdos los años transcurridos y la impresión que en todos ellos dejó la derrota de un proyecto de transformación social abortado violentamente a partir de 1976. Con respecto a los “balances” de las organizaciones de izquierda, su alcance es igualmente precario: en rigor, sólo una (PO) mantuvo continuidad en el tiempo y en el accionar político. El resto, arrasadas por el aniquilamiento de la dictadura militar o trabajadas por luchas fraccionales, terminaron disgregándose en múltiples grupúsculos, los que al momento de reflexionar sobre la experiencia pasada acentúan tal vez de manera hipercrítica errores ajenos y silencian sus propias falencias y responsabilidades.

Detrás de la pregunta acerca de la naturaleza de la Coordinadora, late otra cuestión igualmente irresuelta: el grado de conciencia alcanzado por la clase trabajadora y su actitud hacia el peronismo, en

³¹Gilly (1978), páginas 57 a 62.

tanto estrategia y horizonte de la lucha de clases. Un primer elemento común a todos los entrevistados³² fue, en su análisis retrospectivo, la coincidencia sobre el surgimiento de la Coordinadora. Aceptan que dicha aparición fue directa consecuencia de su práctica diaria: en la medida que la lucha sindical contra la patronal encontraba un obstáculo en la acción retardante de los sectores burocráticos a nivel planta o sindicato, era necesario buscar un reagrupamiento que superase ese escollo. La “traición de la burocracia” (tanto a nivel planta como en los sindicatos) parece haberse convertido en la primera “lección” que todos los activistas debieron aprender. Unos (los más inexpertos o poco “leídos”) confrontados por vez primera a esa realidad concreta. Otros, con alguna formación teórica y política, confirmando sus previsiones. Todos, en fin, enfrentando la valla organizativa y reivindicativa que les oponía la dirigencia gremial burocrática. Por esa razón, el concepto clave es el de “recuperación”. Es significativo como la inmensa mayoría de los testimonios comienzan refiriendo a la experiencia de cómo se debió pelear para recuperar, en primer lugar, el organismo de base fabril, para más tarde (e infructuosamente) hacer lo propio con la seccional o el sindicato. La recuperación estuvo sujeta a la correlación de fuerzas: exitosa a nivel fábrica, fracasaba al intentar repetir esa experiencia en una estructura más compleja e importante. En casi todos los establecimientos de nuestros entrevistados se logró, entre comienzos de 1973 y mediados de 1974, recuperar puestos de delegados, Cuerpos de Delegados y Comisiones Internas. En aquellos lugares donde no se consiguió tal pretensión, se pusieron en pie organismos reivindicativos “paralelos”: Comité de Lucha, Comisiones de Reclamo. Confirmando lo dicho, en nuestra zona de estudio, se puede mencionar como solitaria excepción el referido caso del Sindicato Ceramista de Villa Adelina, sometido tempranamente al brutal embate de la burocracia sindical. En tanto, pudimos documentar dos intentos de trascender a un nivel superior. El primer caso, la presentación de una lista combativa en el Sindicato Naval de Zona Norte (el SOIN) en la víspera de la asunción del peronismo y más tarde, promediando 1974. El segundo episodio fue

³²Si bien todos nuestros entrevistados fueron interrogados sobre la Coordinadora, sólo siete (y en proporciones variables) pudieron aportarnos los datos buscados. Cristina (2002/3), Benencio (2002), Castro (2002/3), Correa (2003), “Petiso” (2003), Frigoli (2003), Gastón (2002), Girotti (2002), Lucita (2003), Mattini (2003), Morelli (2005) y Pérez (2002). También por su importancia, recurrimos al testimonio de “Oscar”, op. cit. Las expresiones entrecomilladas pertenecen a dichos testimonios.

la igualmente fallida participación de la “Lista Gris” en metalúrgicos de Vicente López, también en 1974.

Existe igualmente amplia coincidencia en afirmar que la Coordinadora se imponía como una necesidad, en vista de la imposibilidad de recuperar electoralmente las conducciones sindicales. Esto significa que el concepto mismo de la Coordinadora como institución no se basaba en una idea sustitucionista o de “paralelismo sindical” ni tampoco como parte de una formulación teórica “a priori” que se pretendía imponer de manera forzada. Lo dicho no implica desconocer que las organizaciones de izquierda y sus militantes tenían una posición tomada al respecto, de acuerdo a elaboraciones políticas previas. Pero en la experiencia de los activistas entrevistados pesó tanto la realidad concreta de su trabajo cotidiano como la propia teoría. Las organizaciones en las que militaban apostaron a lograr primero la recuperación sindical antes de lanzarse a coordinar por afuera de las instituciones sindicales tradicionales. Esta decisión es la que explicaría la aparición relativamente tardía de las Coordinadoras. Como señalara Salamanca en el encuentro de Villa Constitución, era necesario “hacer la experiencia” y sólo después encarrilar otro camino.

En tercer lugar, hay acuerdo generalizado entre nuestros entrevistados en destacar que bastante antes que se constituyera la Coordinadora zonal entre los distintos contingentes obreros existía una práctica solidaria, basada en rodear los conflictos del respaldo y asistencia necesarios para impedir su derrota por aislamiento. La formación y posterior actuación de la Coordinadora no vino más que a formalizar dichas prácticas, elevándolas a un nivel superior, en especial cuando sobre nuestra área de estudio se descargó la ofensiva del “terror blanco” dirigido prioritariamente sobre el activismo fabril.

Un cuarto elemento en donde coinciden los testimonios es el referido al sector obrero y al nivel de conciencia que reflejaba la Coordinadora. En todas las entrevistas, los activistas (cualquiera sea su extracción ideológica o partidaria) señalan que se trataba de fracciones proletarias muy politizadas y jóvenes, que tomaban con energía el desafío de desplazar a las conducciones burocratizadas, en el marco de un intenso proceso de movilización reivindicativa. Estos sectores, a mediados de 1975, todavía eran minoritarios respecto al universo de la clase, pero aún su condición incipiente se veía compensada con un progresivo crecimiento en directa proporción con el también progresivo derrumbe del gobierno peronista y el progresivo desengaño acerca de sus límites en tanto proyecto reformista. Expresiones tales como “a veces las asambleas nos desbordaban por izquierda” o “había una voluntad generalizada de salir a luchar”, que

aparecen en varios testimonios, son ejemplo del proceso del que estamos dando cuenta. Igualmente, resultaba un elemento significativo el hecho de que una parte de los activistas o dirigentes fabriles alineados con la burocracia entraran en contradicción con aquella y se fueran acercando al núcleo de militantes de izquierda en las fábricas. Todos estos síntomas pudieron haber sido interpretados demasiado ligeramente por los propios activistas y sus organizaciones, llevándolos a confundir un estado y disposición a luchar transitorio con un nivel permanente y en ascenso ininterrumpido.

Un quinto y muy importante factor donde también se registran coincidencias es acerca del momento en donde surge la Coordinadora. Ese momento crucial es el fin formal de la tregua implementada en el “Pacto Social”, recordando siempre que dicho final fue precipitado, entre otros factores, por la propia lucha obrera. Era dable esperar que ante la claudicación de las direcciones sindicales burocratizadas y la necesidad de organizar de manera centralizada una respuesta obrera, el camino más natural desembocara en la formación de la Coordinadora. Existe unánime acuerdo que la Coordinadora aparece en el momento justo donde la movilización de los trabajadores fue más intensa, pero este estado de disposición del proletariado podría no haber trascendido más que en anárquicos, espontáneos y aislados estallidos de protesta si no hubiese encontrado una estructura relativamente sólida y eficaz (la red de cuerpos de delegados y comisiones internas) que canalizaran el movimiento de protesta.

Justamente el protagonismo central de estos organismos fabriles en todo el proceso de la Coordinadora es el sexto punto de coincidencia general de los entrevistados. En este sentido, la afirmación “la Coordinadora era expresión de las Internas combativas recuperadas”, puede sintetizar de manera muy gráfica sobre qué basamento organizativo se construyó el espacio de coordinación inter-rama. Como quedó demostrado a lo largo de los diferentes capítulos, fueron los núcleos de activistas de izquierda los que afrontaron el peso principal de tal recuperación a nivel fabril y más tarde de la coordinación más amplia. Los casos donde al frente de esos organismos de base aparecían obreros independientes (en el sentido literal del término y no en el uso por razones de seguridad que hacían los militantes de izquierda) no vienen más que a ratificar el dinamismo y fluidez del proceso de movilización que “promovía” en la lucha cotidiana a decenas de nuevos cuadros sindicales de base. Por otra parte, estos últimos, como señalan varios testimonios, tendían a identificarse con alguna de las organizaciones políticas que

activaban en los establecimientos por lo correcto de su línea o su coherencia y consecuencia.

Un aspecto mucho más conflictivo y donde comienzan a aparecer las mayores discrepancias es el relacionado a la organización interna de la Coordinadora y el grado de influencia e intencionalidad que tuvieron las distintas organizaciones políticas al momento de su creación. En este punto, sólo un testimonio afirma que la Coordinadora fue fruto espontáneo de la autoactividad de las masas, si bien termina reconociendo que una vez que tal organismo emergió, todas las organizaciones se lanzaron decididas a militar en su favor. Los restantes entrevistados subrayan por el contrario que la Coordinadora surgió al calor de las luchas obreras pero partiendo de un basamento estratégico que concebía esa construcción como una herramienta fundamental. Si bien se hicieron esfuerzos de coordinación, no lograron prosperar entre abril (Encuentro de Villa Constitución) y septiembre de 1974 (Plenario de la Coordinadora Nacional de Lucha Sindical de San Miguel de Tucumán). Se debió esperar así, como señala un testimoniante, “el momento justo” para lanzar formalmente esta estructura a nivel metropolitano y zonal. Respecto a la conformación interna de la Coordinadora, hemos podido recoger varias intervenciones ilustrativas. Por ejemplo, “la Coordinadora no inventó nada nuevo. Se rescataron experiencias previas, por ejemplo de la CGT de los Argentinos y del SiTraC- SiTraM. La Coordinadora se asumía como parte de la historia de la clase obrera y heredera de las luchas del pasado”; “en la práctica, la Coordinadora rompió con el modelo tradicional de construcción sindical, introduciendo un criterio más horizontal”. En cuanto a las características organizativas se evalúa que “las Coordinadoras no fueron reuniones de sindicatos” y por eso mismo, al romper con cierto tipo de legalidad “no podían ser toleradas. Con una CGT combativa, con un sindicato recuperado, vos podés negociar, pero ¿cómo negociás con un espacio tan amplio y complejo como una ‘Coordinadora’? (...) La Coordinadora es un fenómeno que no lo pueden institucionalizar, no cabe en la estructura burocrática de la sociedad”. Recordemos que Gramsci señalaba que el Consejo de fábrica tiende a romper los marcos normativos y salirse de la legalidad instituida.

También hay coincidencias al momento de balancear la relación contingente obrero de cada establecimiento-Coordinadora. Todos los testimonios afirman que los mandatos a los plenarios o a las reuniones de mesa zonal jugaban un papel decisivo, en tanto garantizaban que la discusión se moviera en el estrecho marco que le fijaba esa delegación. Si ésta fue una circunstancia que objetivamente quitaba radicalidad a las acciones a emprender era por otro lado el único reaseguro para que,

luego de discutido en el ámbito más reducido, la masa obrera asumiera las resoluciones adoptadas. Los testimonios subrayan como en cada establecimiento los delegados eran consultados en cada sección por sus compañeros acerca de las disposiciones adoptadas, interesándose en la marcha del proceso. El referido nivel de control que estos testimonios expresan tornaba muy delicada y ajustada la acción de los militantes (que se sentían continuamente observados) y será también clave al momento de entender el acompañamiento que hasta las propias vísperas del golpe les daban las bases a los activistas.

Para el final hemos dejado las opiniones de los militantes político-sindicales referidas al conjunto de la experiencia. En este caso pudimos registrar algunas significativas coincidencias, aún cuando no hubiesen pertenecido a una misma organización. Una primera cuestión es hasta qué punto las coordinadoras fueron representativas del nivel adquirido por la lucha de clases a mediados de la década de 1970. Todos los entrevistados acuerdan que las coordinadoras metropolitanas reflejaban una porción menor del proletariado argentino, pero de importancia cualitativa por tratarse del ocupado en los sectores más dinámicos y concentrados de la actividad industrial. Esta presencia estaba en proceso de expansión en tanto inserción en otros sectores de la clase, en el preciso momento en el que comenzó el reflujó luego de la coyuntura de junio-julio de 1975. Esta paradoja hizo perder de vista, tanto a los militantes como a sus organizaciones, el inicio de una nueva etapa. Según testimonios, “las Coordinadoras eran una construcción al momento de una ofensiva”. La misma se confundió con tener la iniciativa en el proceso de lucha, algo que había perdido el movimiento popular a manos de la contrarrevolución burguesa. Ese desfasaje las dejó peligrosamente aisladas como expresión de la vanguardia obrera. El reflujó era difícil de ser percibido, ya que el repliegue conjunto de la clase fue gradual, marcado más por un desánimo y frustración ante un gobierno que había defraudado sus expectativas de cambio que por un abandono de las luchas. Esta situación se expresaba también por “un alejamiento del gobierno al que le habían entregado su confianza”. Aparece así la discusión si todo esto implicaba un viraje o quiebre con el proyecto reformista del peronismo y en ese caso de qué tipo y profundidad. Según la extracción política del entrevistado es distinta la evaluación: aquellos provenientes del peronismo sostienen que la masa todavía seguía siendo peronista, lo que provocaba confusión ante el gobierno y la acción opositora de los núcleos político-sindicales de izquierda. Por el contrario, los militantes de la izquierda marxista, aún reconociendo que tal viraje o quiebre era muy incipiente y minoritario, afirman que se estaba abriendo una nueva

situación preñada de potencialidades, que el golpe militar vino a abortar violentamente. Para medir la importancia de estas opiniones debemos recordar que las mismas nos fueron transmitidas 30 años después de los sucesos, cuando muchos de los testimoniantes hicieron una reconsideración de su actitud en las décadas pasadas, sobre la que influye necesaria y negativamente el peso de la derrota.

La principal crítica en tanto deficiencia que se le formula a la Coordinadora es “su falta de eje político”, lo que le habría impedido acaudillar a la clase obrera en su conjunto en su lucha contra el gobierno, cerrando al mismo tiempo el paso al golpe reaccionario. Esta falta de eje político, señalado en varios testimonios, se contrapone con la más amplias reivindicaciones de carácter democrático que crecientemente levantaban en Córdoba y en varias zonas del Gran Buenos Aires y La Plata las distintas Coordinadoras regionales. Según opiniones coincidentes, esta contradicción podía haber estado originada en el carácter plural de la Coordinadora que abarcaba un espectro muy amplio en términos políticos e ideológicos: “Cada grupo tenía un porción de influencia sobre la masa, con posturas diferentes y distintas propuestas (...) no había respuesta política unificada, debido a la muy alta dispersión”. Otro aspecto negativo que señalan la mayor parte de los testimoniantes autocríticamente es la juventud e inexperiencia de la militancia y de las propias organizaciones: “Faltaba maduración, subestimamos al enemigo, sobreestimamos mucho a la gente, confundiendo la trayectoria histórica del movimiento obrero, que no se plasmaba necesariamente con una conciencia colectiva”; “ese tiempo era una vorágine, todos los días había algo, éramos jóvenes, con una práctica política muy reciente, el crecimiento del movimiento fue tan grande que se nos fue de las manos, nadie pensó el ritmo que tomó todo”. Finalmente, pudimos encontrar otra significativa coincidencia: las Coordinadoras como ejemplo de un embrión organizativo de cara a la constitución de un doble poder. Tres testimonios, provenientes de militantes de distintas organizaciones, son muy ilustrativos al respecto: “Las Coordinadoras surgen en un momento de transición, con una amplísima vanguardia obrera encabezando las luchas, en medio de la bancarrota del gobierno de ‘Isabel’. En ese sentido, las Coordinadoras tenían por naturaleza un carácter efímero, no podían durar: o se transformaban en organismos de doble poder o desaparecían”; “hay quienes planteaban y plantean que las Coordinadoras son organismos embrionarios de poder obrero y popular”; “en el ’75, en el calor de la lucha, nosotros veíamos a la Coordinadora como un embrión de ‘soviet’, en un momento en donde los activistas estábamos representados en el movimiento de lucha real en su momento más intenso”.

La falta de documentos dificulta acceder al balance de la experiencia de las Coordinadoras que hicieron en forma contemporánea al golpe de Estado las fuerzas políticas de izquierda. Por ese motivo, en la mayor parte de los casos debimos recurrir a las últimas referencias de sus publicaciones o inferencias indirectas de la posición asumida en aquella oportunidad.

El PST, en el último número de su publicación semanal antes del golpe de Estado, se explayaba en describir las luchas que se estaban produciendo como respuesta al “Plan Mondelli” y la importancia de reflatar las Coordinadoras zonales en ese proceso. Teniendo en cuenta la inminencia del golpe militar y la necesidad de enfrentarlo con la movilización obrera, remarca el papel de la Coordinadora:

“La Coordinadora y el Partido son dos cosas distintas. (...) la Coordinadora sirve para unirnos y movilizarnos juntos y que el Partido sirve para encontrar el mejor momento, la mejor manera y el mejor argumento para que la Coordinadora llame a la movilización... Piense [compañero] que la Coordinadora no remplace al Partido ni el Partido a la Coordinadora. Que son dos cosas distintas que se necesitan mutuamente, y que sólo funcionando separadas, pero de común acuerdo, pueden llevarnos adelante... Piense compañero. También el peronismo y los sindicatos son dos cosas distintas. Pero el peronismo no nos sirve ni para informarnos ni para discutir una posición, porque es un partido de patrones y de burócratas sindicales... Nos quedan sólo los sindicatos, las comisiones internas, las Coordinadoras. No tenemos, porque el peronismo no sirve, el partido”³³.

En tanto PO, que a fines de julio de 1975 sostenía que “las Coordinadoras tienen características soviéticas, es decir, de órganos netamente políticos de las masas sin distinción”, corregía parcialmente esa posición en su Primer Congreso Nacional de diciembre de 1975 al afirmar en aquella oportunidad:

“Las coordinadoras no son soviets, ni embriones de ellos por muchos motivos: son un bloque de organizaciones sindicales de fábrica y no la representación directa de los trabajadores en lucha; no agrupan a otros sectores explotados; no dan cabida a las organizaciones políticas; son minoritarias. Sin embargo, marcaron un derrotero y son una vía hacia los soviets, a poco que se desarrollen masivamente [...] La forma concreta de lucha por los soviets la entendemos [como] una lucha por las coordinadoras y por su

³³AS, 20/3/76.

transformación creciente al paso de la evolución de la lucha revolucionaria. Apoyándose en los Cuerpos de Delegados y las Comisiones Internas el movimiento huelguístico puede cobrar el empuje que lo haga arribar a los soviets (...) La lucha por las Coordinadoras y los soviets llevan a la dualidad de poderes a su extremo y plantean la guerra civil contra el capital”³⁴.

Esta rectificación acerca del carácter concreto de las coordinadoras y de la posibilidad de imponer una situación de doble poder parece haber sido adoptada como parte de una reflexión al mismo tiempo teórica y práctica de aquella organización y PO siguió levantando como consigna y tarea organizativa el impulso a las coordinadoras, aún después de producido el golpe militar de marzo de 1976.

Respecto al GOR, no hemos podido confirmar la continuidad de la publicación de su frente gremial, *Boletín de la Corriente Clasista*, más allá de diciembre de 1975, pero sí pudimos consultar un documento de su Comité Central del 20 de julio de 1976. En este documento se sostiene:

“La reconstrucción de coordinadoras representativas pasa hoy por lograr una eficaz coordinación de activistas, comités de resistencia, delegados, internas que hayan quedado en pie, por gremio y por zona. Toda coordinación debe encararse en la perspectiva de luchar por una coordinación nacional. Pero como somos enemigos de los “sellos” sin contenido, creemos que esto sólo puede lograrse efectivamente sobre la base de las coordinadoras zonales y gremiales, y estas -a su vez- sobre la organización más representativa posible a nivel de fábrica, taller y oficina. Esto no significa que, en tanto no se logre el desarrollo parcial no podamos impulsar la coordinación de activistas y organismos a nivel nacional, pero hasta tanto no tenga una real fuerza no podremos asignarle el carácter representativo de los trabajadores a nivel nacional”³⁵.

La fuerza política de izquierda marxista sobre la cual menos referencias documentales disponemos para reconstruir su posición respecto a las coordinadoras es el PRT. En ese sentido, sólo pudimos encontrar dos ejemplos de la línea sindical en el periodo inmediatamente posterior al golpe. La primera de ellas es el editorial firmado por su Secretario General Mario Roberto Santucho, con el significativo título de “La

³⁴PO, 25/7/5. RPO, enero-febrero de 1976.

³⁵“Las tareas de la vanguardia”, en *Lucha Armada en la Argentina*, n° 3, páginas 100 a 102, junio de 2005, Bs. As.

Clase Obrera: columna vertebral de la Resistencia”, en el semanario *El Combatiente*. En él, luego de pasar revista a la estructura industrial asiente de una desarrollada clase obrera fabril, se sostiene la necesidad de dirigir el máximo esfuerzo material y organizativo para incrementar la presencia del Partido en las grandes fábricas, alimentándolo con los aportes surgidos del proletariado. En materia organizativa, como otras fuerzas de izquierda, propone e impulsa la conformación de Comités de Resistencia Clandestinos con un Programa mínimo y una integración amplia que abarque a la militancia de “Partidos y corrientes antidictatoriales con trabajo real en la fábrica de que se trate y por activistas independientes de la fábrica”. Estos comités deberían desarrollar una tarea agitativa, de resistencia concreta (sabotaje planificado de la producción) e impulsar la lucha reivindicativa y la recuperación de sindicatos, a través de agrupaciones, listas o comisiones legales o ilegales. Esta propuesta de “frente único” a nivel fabril se presentaba como una forma de reagrupar a las golpeadas fuerzas revolucionarias en fábrica, en perspectiva de una reactivación de la conflictividad obrera y popular, luego de la primera oleada represiva. En la misma nota se planteaba asimismo construir en simultáneo el Comité de Fábrica del Partido, encargado de representar a la organización y llevar adelante su línea. La interrelación entre uno y otro comité resultaba, según la nota, la garantía de potenciar la efectividad de la lucha en un proceso progresivo de acumulación de fuerzas³⁶. En el segundo caso y más específicamente, se hace una mención explícita a las coordinadoras en el editorial “El comienzo de la represión”. Domingo Menna (miembro del “buró político” del PRT) trazaba un balance provisional de la acción represiva sobre el movimiento obrero y al mismo tiempo establecía la orientación en la materia: “En lo sindical y reivindicativo, hay que apuntalar las Coordinadoras y todas las manifestaciones del clasismo y de la combatividad para que se erijan en la efectiva dirección del conjunto de la masa obrera. La Dictadura ha asestado un golpe al poder sindical burocrático, las Coordinadoras clandestinas aparecen naturalmente como la única opción valedera para canalizar e impulsar a nivel local, regional y nacional, las luchas económicas del proletariado”³⁷.

Otra de las fuerzas políticas que había impulsado enérgicamente las coordinadoras, fue la OCPO. Para reconstruir su actitud y postura frente al golpe, el trabajo en el movimiento obrero y más precisamente, las coordinadoras, hemos recurrido a un documento elaborado en forma

³⁶Editorial de EC, 14/4/76, en De Santis (2000), páginas 552 a 557.

³⁷EC, 14/4/76, páginas 2 y 15.

de evaluación política en el año 1977³⁸. En él se explica de la siguiente manera las tareas específicas que se proponía la organización:

“Al producirse el golpe, OCPO levanta la consigna de organizar la CGT en la resistencia sobre la base del movimiento de las Coordinadoras, adecuando su funcionamiento y objetivos a la nueva situación nacional. Esta consigna articulaba correctamente la relación entre movimiento obrero y organización política revolucionaria, y a su vez, daba continuidad y desarrollo al incipiente vínculo entre la clase obrera y las masas populares, línea que no había dejado de enriquecerse desde el cordobazo”.

Más adelante, al proponer la reformulación de una política revolucionaria se sostiene: “La única garantía real de hegemonía proletaria, es la unificación e independencia de clase del movimiento obrero. Estos objetivos deben plantearse desde los organismos de base, retomando el movimiento de las Coordinadoras, punto culminante en la experiencia de los trabajadores”.

Finalmente, Montoneros. Recordemos que esa organización había decidido desactivar la JTP como brazo gremial. Para reemplazarlo, estructuraron el Bloque Sindical del Peronismo Auténtico, en el marco del lanzamiento legal de un partido nacional destinado a disputarle al peronismo ortodoxo el apoyo popular. Al igual que otras fuerzas de izquierda, a partir de marzo de 1976, Montoneros debió readecuar su estrategia en ese frente. El primer documento después del golpe que se refiere a esa temática proponía:

“Consolidar las estructuras de conducción centralizadas y clandestinas (Bloque y Agrupaciones Sindicales del Peronismo Auténtico; Comisiones Internas, Cuerpos de Delegados; Coordinadoras zonales o por gremios). Debemos profundizar en el carácter de masas de las Coordinadoras, para desterrar todo tipo de sectarismos y avanzar en la construcción de un organismo político y reivindicativo que exprese al conjunto de la clase trabajadora (...) La Mesa Nacional Provisoria de Trabajadores en Lucha debe ser la base para la construcción de una CGT auténtica y clandestina, que reemplace a la central clausurada”.

³⁸PARA UN BALANCE de la Organización Revolucionaria Comunista PODER OBRERO, mimeo, circa 1977. Las citas corresponden a las páginas 37 y 94 del ejemplar que hemos podido consultar.

Meses más tarde, en lo que puede considerarse una concreción de su política de recrear una CGT adaptada a las nuevas condiciones, se dio a conocer la constitución de la llamada “Confederación General del Trabajo en la Resistencia” (CGT-R). En el documento donde se informaba sobre tal lanzamiento, se reconoce explícitamente el rol jugado por las coordinadoras como “un escalón superior en la lucha de los trabajadores”. Estimando que las mismas no se adecuaban al clima represivo instaurado en el país, justificaban la existencia de la CGT-R, cuya conducción debería ser ejercida por cuadros gremiales con representatividad ganada en la etapa anterior, aunque por razones de seguridad no serían los que estuviesen al frente de la lucha en los establecimientos. En este punto, se puede marcar un progresivo distanciamiento con la metodología imperante durante el último año, al momento de surgir las coordinadoras. Finalmente, en un nuevo documento emitido por el Departamento Sindical de la Secretaría Política de Montoneros se reabría una polémica precisamente acerca de la estrategia gremial y la continuidad misma de la Coordinadora. Así, se sostiene:

“La conformación progresiva de las mesas regionales de la CGT-R (a partir de las coordinadoras de gremios en lucha y otras alianzas) con el lanzamiento previo de la estructura nacional (Secretaría Nacional [de la CGT-R]) no es un “salto al vacío”, como pretenden algunos sectores de la “izquierda” que insisten en mantener las Coordinadoras (...) La transformación cualitativa de la circunstancia en las que se desenvuelve la resistencia popular marca hoy la necesidad de crear, a partir de ese proceso, una herramienta que haga más eficaz la Resistencia (...) Significa pasar de un estado organizativo primario como es la Coordinadora, con una mecánica interna de tomar resoluciones por acuerdo de partes, donde cada sector que lo compone mantiene su independencia como grupo y no está comprometido a aceptar los criterios de la mayoría, a plantear una estructura organizativa, con desarrollo propio, con vida interna, con conducciones con diferentes niveles y responsabilidades que se conduce con criterios democráticos de representatividad a través de votación o acuerdos por mayoría”.

Finalmente, el documento reconoce la importancia de las estructuras preexistentes al afirmar: “La CGT-R en un comienzo se formará fundamentalmente sobre la base de las Coordinadoras y Mesas de Gremios en Lucha, donde estas existen. A esto hay que sumarle la participación de aquellos sectores que no están en la Coordinadora pero

que son honestos y representativos”³⁹. De la lectura secuenciada de los documentos mencionados surge la tensión provocada en la relación de esta organización con sus similares de izquierda a medida que avanzaba el proceso militar, consistente en reconocer la importancia que hasta marzo de 1976 habían tenido las coordinadoras pero también la pretensión de pasar a crear una nueva estructura gremial que no sólo reemplazara a la CGT tradicional (con el argumento de su intervención y disolución por el poder militar) sino también estuviera claramente hegemonizada por Montoneros. En este último sentido su polémica con lo que denominan “izquierda” acerca de la continuidad de la Coordinadora marca el grado de discrepancia en lo relativo a conducir e imponer una línea política partidaria al conjunto del movimiento obrero, circunstancia que ya había sido denunciada como práctica por algunas fuerzas de izquierda. Estas diferencias marcaron un primer episodio de enfrentamiento con aquellos sectores que durante 1975 habían compartido la experiencia organizativa y de lucha de las coordinadoras interfabricales. La idea de una CGT-R predominantemente “montonera” no parecía ser la mejor manera de garantizar un “frente único revolucionario” dentro del movimiento obrero, como proponían según vimos con distintos nombres pero con igual objetivo, las restantes fuerzas de izquierda marxista (en especial el GOR, PRT y PO) e inclusive, la más cercana en la concepción de una Central en la Resistencia como era la OCPO⁴⁰. La pretensión de Montoneros frustró la posible convergencia y trabajo gremial en común que se podía esperar en una situación de intensa ofensiva burguesa sobre la clase obrera y cuando precisamente las condiciones de legalidad requerían de una acción unitaria desde las fábricas y a nivel superestructural. Parece entonces que la estrategia cerradamente hegemónica de una organización (aunque probablemente lo mismo sucediera en menor grado con otras) colaboró, junto con la represión desatada por el gobierno militar sobre el movimiento obrero, para poner fin a una experiencia incipiente de organización sindical plural, reivindicativa y orientada a cuestionar al sistema capitalista en su conjunto.

³⁹Todos los documentos están incluidos en la recopilación de Baschetti (2001), páginas 90 a 92; 201 a 211; 272 a 285. Por orden de mención son los siguientes: “Ahora organizar los sindicatos en la clandestinidad”, en *Evita Montonera*, marzo de 1976; “Declaración constitutiva de la Confederación General del Trabajo en la Resistencia”, 14/8/76; “La construcción de la Confederación General del Trabajo en la Resistencia”, 30/9/76

⁴⁰Gillespie (1998), páginas 290 y 293.

Las coordinadoras y el “doble poder”

Sin pretender internarnos en un campo de discusión amplio y complejo, que justifica otra investigación, es evidente que tanto en las opiniones de los protagonistas directos, de las organizaciones de izquierda donde militaban y aun de la propia burguesía a través de sus voceros de prensa, el tema de la conformación de soviets a partir de un cierto grado de actividad política dentro de la clase obrera aparece como un tema recurrente. De acuerdo a la interpretación clásica del marxismo, el surgimiento de esos órganos preanuncia la emergencia de una situación de disputa abierta por el poder. Por lo tanto, afirmar que las coordinadoras eran ya a mediados de 1917 una expresión consumada de tales organismos ressignifica todo el período y la dinámica de los acontecimientos.

Trotsky⁴¹ sostiene que en toda sociedad dividida en clases se enfrentan los intereses antagónicos de ellas, aunque tiende a prevalecer siempre como poder ejercido desde la conducción del Estado el de la clase dominante. Ese “poder único, condición necesaria para la estabilidad de todo régimen, subsiste mientras la clase dominante consigue imponer a toda la sociedad, como únicas posibles, sus formas económicas y políticas”. Sin embargo, en determinadas circunstancias, ese poder puede ser desafiado: “El régimen de la dualidad de poderes sólo surge allí donde chocan de modo irreconciliable las dos clases [burguesía y proletariado]; sólo puede darse, por tanto, en épocas revolucionarias, y constituye, además uno de sus rasgos fundamentales” (p. 195). Más adelante afirma:

“La mecánica política de la revolución consiste en el paso del poder de una clase a otra clase. La transformación violenta se efectúa generalmente en un lapso muy corto. Pero no hay ninguna clase histórica que pase de la situación de subordinada a la de dominadora en forma súbita, de la noche a la mañana (...) La preparación histórica de la revolución conduce, en el período prerrevolucionario, a una situación en la cual la clase llamada a implantar el nuevo sistema social, si bien no es aún dueña del país, reúne de hecho en sus manos una parte considerable del poder del Estado, mientras que el aparato oficial de este último sigue aún en manos de sus antiguos detentadores. De aquí arranca la dualidad de poderes de toda revolución (...) La dualidad de poderes no sólo no presupone, sino que, en general, excluye la división del poder en dos segmentos y todo equilibrio formal de poderes. No es un hecho constitucional, sino revolucionario, que atestigüe que la ruptura del equilibrio social ha roto ya la superestructura del Estado

⁴¹Trotsky (2007). Todas las citas siguientes corresponden al mismo texto.

(...) Por su esencia misma, este estado de cosas no puede ser estable. La sociedad reclama la concentración del poder, y aspira inexorablemente a esta concentración en la clase dominante o, en el caso que nos ocupa, en las dos clases que comparten el dominio político de la nación [haciendo referencia a la Rusia inmediatamente previa a octubre de 1917]. La escisión del poder sólo puede conducir a la guerra civil (...) Cuando el equilibrio del viejo régimen se rompe, la nueva correlación de fuerzas sólo puede establecerse como resultado de la lucha recíproca a que [las clases] se ven sometidas en la lucha. La revolución no es otra cosa” (p. 195, 196, 201).

Como expresión de ese “doble poder” surgen los soviets. Recordemos que los mismos, en su carácter de concejo, comité o asamblea de obreros, surgieron en la coyuntura de la frustrada revolución rusa de 1905. Por un breve tiempo fue reconocido informalmente por el gobierno imperial como el vocero autorizado de la clase trabajadora rusa insurrecta, aunque con la derrota de ese primer levantamiento, el Concejo se dispersó. En marzo de 1917, en pleno derrumbe de la autocracia zarista y ayudando objetivamente a su caída, resurgió ahora extendido y ampliado a los soldados y campesinos movilizados por la crisis terminal de la monarquía rusa. Ante la impotencia del seudo parlamento burgués (la Duma) para ponerse al frente de la transición política abierta con la abdicación del monarca, el Concejo renació con toda vitalidad, extendiendo su acción concreta sobre todo el territorio ruso, impidiendo de hecho la disolución del Estado. El factor diferencial entre una coyuntura y otra fue la existencia en 1917 de un partido revolucionario consolidado, con capacidad de fijar un rumbo político a la movilización y descontento de las masas populares rusas. Así y hasta octubre, Rusia fue escenario de la coexistencia de dos gobiernos: el de coalición burguesa, representado por la Duma y el de los delegados de los trabajadores, soldados y campesinos, los soviets. Esta situación se resolvió con la insurrección definitiva llevada a cabo por los soviets, bajo la conducción hegemónica de los bolcheviques. El soviets se transformó en el ejemplo más radical de democracia obrera: sus miembros eran elegidos por votación universal y con criterio proporcional, de acuerdo a los votos obtenidos por los programas y partidos políticos que participaban en él. Los integrantes que conformaban su Comité Ejecutivo reportaban directamente a la asamblea que los eligió; su mandato era revocable en cualquier momento y su influencia en tanto organismo de gobierno se extendía en círculos concéntricos desde el núcleo fabril desde el que surgió a todas las zonas cercanas. El soviets alcanzaría su mayor significación cuando en cada uno de estos cuerpos de gobierno local se impuso el sector revolucionario

más decidido. El factor crucial no pasaba únicamente por uno u otro tipo de institución de gobierno sino por la orientación que tuviese la misma. Lo que importaba no eran las formas sino el contenido de clase de las políticas que guiaban a dichos organismos. Así, en algún momento, la dirección bolchevique dudó acerca de cuál sería el órgano de insurrección adecuada, cuando aún no se había ganado la conducción de los soviets y en ese caso se fijó la atención en los comités de fábrica (célula básica de los soviets) y los sindicatos, ambos ya firmemente orientados por los bolcheviques.

En la Argentina de mediados de la década de 1970, los organismos fabriles de base, cuerpos de delegado y comisiones internas, tal cual vimos en la descripción de Gramsci, se asemejaban a los consejos de fábrica. La lógica de funcionamiento y sus objetivos eran similares en uno y otro caso. Por lo tanto, no parece tan desatinada la percepción e interpretación que hacían ciertas fuerzas políticas de izquierda acerca de la potencialidad revolucionaria que tenían esos cuerpos de representación obrera en nuestro país. La transformación de los consejos de fábrica en soviets dependía, según Gramsci, en el éxito de la acción política organizada del partido revolucionario. Abonando a esta idea surge la importancia que en momentos de crisis juega el llamado “control obrero de la producción”. Trotsky⁴² analiza este fenómeno como parte de una coyuntura por definición inestable y transitoria, en donde emerge la posibilidad de la revolución proletaria. Este control, concebido como límite a la capacidad de mando y decisión del capital sobre el trabajo, es ejercido por el consejo de fábrica quien disputa y compite en el ámbito mismo donde nace la relación de dominación capitalista. Por lo tanto:

“Si la burguesía no es ya la dueña de la situación en su fábrica, si ya no es *enteramente* la dueña, de ahí se desprende que tampoco es ya enteramente dueña de su Estado. Esto significa que el régimen de dualidad de poder en las fábricas corresponde al régimen de dualidad de poder en el Estado. Esta correspondencia, de todos modos, no debería ser entendida mecánicamente, esto es, no en el sentido de que la dualidad de poder en las empresas y la dualidad en el poder en el Estado nazcan en un mismo y solo día. Un régimen avanzado de dualidad de poder, como una de las etapas altamente probables de la revolución proletaria en todos los países, puede desarrollarse de forma distinta en distintos países, a partir de elementos diversos. Así, por ejemplo, en ciertas circunstancias (*una crisis económica profunda y persistente*,

⁴²Trotsky (2002), páginas 131 a 136. Todas las citas siguientes corresponden al mismo texto. Los destacados son nuestros.

un fuerte grado de organización de los trabajadores en las empresas, un partido revolucionario relativamente débil, un estado relativamente fuerte manteniendo un fascismo vigoroso en reserva, etcétera) el control obrero sobre la producción puede ir considerablemente por delante del poder político dual desarrollado en un país” (p. 132).

Creemos que la descripción de la gama de circunstancias que se pueden presentar se ajustaba parcialmente a la situación por la que atravesaba nuestro país en el momento que estamos estudiando. Nuestro autor nos alerta: la particular forma de ejercer un poder paralelo a nivel fabril no implica necesariamente que las condiciones estén maduras para que la misma devenga automáticamente en una situación de poder dual en sentido más amplio y abarcativo. Esta idea no implica rebajar la importancia que alcanzarían los soviets sino que se pretende combatir, a decir de Trotsky, “el fetichismo de la forma soviética”, utilizada como cliché, única concebible dentro de una estrategia revolucionaria. Así, Trotsky destaca:

“Los consejos de fábrica son la realización del frente único de la clase obrera. Ampliarán y profundizarán esta función con el ascenso de la ola revolucionaria. Su papel crecerá, como lo harán sus incursiones en la vida de la fábrica, de la ciudad, de las ramas de la industria, de las regiones y, finalmente de todo el Estado [...] *extendiendo sus funciones [...] los consejos pueden convertirse en soviets [...] y pueden servir como base organizativa de la insurrección.* Después de la victoria del proletariado, estos consejos de fábrica/soviets tendrán naturalmente que separarse en consejos de fábrica propiamente dichos y soviets, éstos como órganos de la dictadura del proletariado” (p. 133).

La discusión entonces quedaría saldada superando una falsa disyuntiva, en tanto unas y otras formas de doble poder no son necesariamente entre sí contrapuestas sino que, por el contrario, en una relación dialéctica deben complementarse y potenciarse. Esa habría sido la concepción predominante en las organizaciones de izquierda en la Argentina al asignar tal centralidad a los organismos fabriles. Los mismos, según las variantes, serían el primer paso hacia la constitución de “embriones de soviets” o, en los casos más extremos, directamente soviets. En este punto, algunas organizaciones hicieron una traslación mecánica de ciertos elementos de los análisis reseñados más arriba, sobreestimando además la verdadera y real extensión del fenómeno. Tal confusión, derivada tal vez de generalizar un caso particular y específico (el mejor ejemplo sería el caso de Villa Constitución), provocó una distorsión al evaluar la correlación de fuerzas existente, anticipando un estadio del proceso

revolucionario que no se compadecía estrictamente con una situación de disputa abierta por el doble poder. Si la idea de esas fuerzas políticas era extender el accionar de los comités o consejos de fábrica a una dinámica crecientemente territorial (según la concepción gramsciana), los resultados de nuestro estudio en la Zona Norte del Gran Buenos Aires demuestran que no alcanzó más que un desarrollo muy débil e incipiente. La red de cuerpos de delegados y de comisiones internas recuperadas por conducciones de izquierda, que como una malla cubría esa región metropolitana, funcionó eficazmente en tanto coordinación de tipo sindical (inclusive superando la tradicional división por ramas de actividad). En términos políticos, su lucha por las libertades democráticas durante la huelga general logró el desplazamiento parcial del sector lopezreguista. Sin embargo, lo embrionario del proceso impidió desplegar todo su potencial en este campo. Finalmente, los equívocos contemporáneos respecto a la caracterización de la etapa y del desarrollo concreto del movimiento se veían alimentados por las propias denuncias que en sus medios de prensa formulaba la burguesía. Además de la intencionalidad de amplificar el alcance para justificar una acción represiva, la burguesía respondía primariamente a lo que consideraba un despojo y ultraje de su tradicional y fundante ámbito de dominación: la fábrica. En efecto, como vimos, desde por lo menos el Congreso de la Productividad impulsado por el primer peronismo, la denuncia de la acción de los delegados y activistas en los establecimientos formó parte de una denuncia constante llevada a cabo por el capital.

Conclusiones

Las coordinadoras interfabriles metropolitanas y dentro de este proceso, la de Zona Norte del Gran Buenos Aires, surgieron en una de las coyunturas más críticas del capitalismo argentino, cuando el peronismo, en tanto proyecto reformista burgués, naufragaba sacudido por la situación internacional y la propia dinámica de la lucha de clases en nuestro país. El fenómeno estudiado se registró en el área geográfica más importante del capitalismo en la Argentina, medido en términos de implantación económica, fabril y concentración obrera. Respecto a este último factor, señalemos también que se trataba de la fracción proletaria más importante en relación a sus ingresos salariales. Esta realidad vendría a desmentir aquella interpretación que afirma que la clase trabajadora sale a luchar y se moviliza únicamente en condiciones de miseria extrema. Por dicha razón, y en la medida que esa fracción de vanguardia estuviese en condiciones de acaudillar al resto de la clase, cobraba en la perspectiva de la burguesía una mayor peligrosidad por su potencialidad.

En el marco que presentaban las instituciones sindicales tradicionales y en especial el control excluyente que sobre las mismas tenían sectores burocráticos, la Coordinadora resultaba un tipo de organización muy adecuado para enlazar a los contingentes obreros en lucha de una misma zona, impidiendo su aislamiento y derrota. Además, y a nivel establecimiento, la militancia de izquierda implementó como práctica cotidiana criterios de construcción democráticos, basados en la discusión y aprobación de las acciones a emprender por las bases en asamblea, lo que permite entender el nivel de representatividad alcanzado por esos militantes y también el éxito de dichas acciones, sentidas como propias y no impuestas desde afuera.

Otro elemento igualmente novedoso de la experiencia que acabamos de narrar fue la aplicación práctica del control obrero sobre la producción.